

El sentido común como camino hacia Dios

Reseña a C.S. Lewis. *Dios en el banquillo*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1995
(1° edición: Oxford, 1971), pp. 170.

“Debes imaginarme sólo, en aquella habitación del Magdalen, noche tras noche, sintiendo cada vez que mi mente se apartaba por un momento del trabajo, el acercamiento continuo, inexorable, de Aquél con quien, tan encarecidamente, no deseaba encontrarme. Aquél a quien temía profundamente cayó al final sobre mí. La fiesta de la Trinidad de 1929 cedí, admití que Dios era Dios y, de rodillas, recé; quizás fuera, aquella noche, el converso más desalentado y remiso de toda Inglaterra” (*Cautivado por la alegría*, cap. XIV).

Así describe C. S. Lewis (1898-1963) el momento de su conversión, en el libro *Cautivado por la alegría*. A pesar de la resistencia inicial, el descubrimiento de Dios (al cual durante ese libro denomina “el Adversario”) produce un cambio radical que, finalmente, ilumina tanto su vida como sus escritos.

En esta oportunidad, centraremos nuestra atención en una recopilación de algunos de los ensayos del escritor irlandés, publicados en diferentes periódicos entre 1942 y 1963 y editados póstumamente por primera vez, en 1971, bajo el título: *Undeceptions: Essays on Theology and Ethics*. Años después, en 1978, Walter Hooper, amigo de Lewis, realizó una nueva edición con el título actual, en cuyo “Prefacio” afirma:

Era inimitable la forma de esclarecer la verdad y seguir el hilo de un argumento hasta llegar a su conclusión lógica. Probablemente, esta peculiaridad, inseparable de su máxima claridad, es el motivo por el cual es considerado un hombre que comprendió la esencia del cristianismo en mejor forma que muchas personas dedicadas casi exclusivamente a reflexionar sobre el tema (9).

A pesar de una traducción al español que, en ocasiones, complica la comprensión de algunas zonas textuales, es posible observar en todo el desarrollo del libro este pensamiento lógico que advierte Hooper, en el que el sentido común reemplaza las vagas disquisiciones filosóficas para alcanzar de modo claro y racional la Verdad de Dios y de nuestra existencia.

El libro *Dios en el banquillo* compila ensayos en los que Lewis realiza una defensa del cristianismo ortodoxo, contra los ataques y cuestionamientos del llamado “hombre moderno”, que condensa los modos de pensamiento de la modernidad. Para ello, recorre una serie de cuestionamientos que se le han hecho al cristianismo a lo largo de la historia: la existencia y el sentido de los milagros; la inmutabilidad de los dogmas; la Encarnación que muchos consideran como mito, pero que fue real; el sentido de la moralidad; la divinidad de Jesucristo, entre otros.

La forma de pensar estos temas es en Lewis tan original que, de repente, nos encontramos leyendo la afirmación de que algunos milagros realizados por Jesucristo son una realización local de “lo que Dios ha hecho en el universo con anterioridad y otros lo que todavía Él no ha hecho, pero llevará a cabo” (25). Así descubre que el sentido del milagro de las bodas de Caná, además de demostrar la divinidad de Jesús, se completa si reparamos en que se repite cada año cuando “las vides absorben el agua por sus raíces, transformándola, con ayuda del sol, en un jugo que fermentará y adquirirá

ciertas características” (25-26). Luego de leer este artículo, todos pensaremos en esta relación al beber un vaso de vino o ver una vid y “recordaremos que ahí opera Aquél que estuvo en las bodas de Caná” (26), como en el resto de la naturaleza y de nuestras vidas.

En otro artículo, titulado de forma provocativa: “¿Hombre o conejo?”, Lewis reflexiona sobre el sentido de la moralidad dentro y fuera del cristianismo. Partiendo del hecho de que una de las cosas que distingue al hombre de los animales es su deseo de conocer las cosas y descubrir la realidad, con el único propósito de saber, desarrolla una serie de argumentos centrados en la pregunta propia del materialista de buenas intenciones: “¿Puedo actuar en la vida en forma correcta sin creer en el cristianismo?” A lo cual responde, que esa pregunta es la de alguien que sabe de la existencia del cristianismo y no tiene la certeza de que su doctrina sea falsa; de un hombre que está evadiendo encontrarse de frente con el problema de la existencia de Dios y el sentido último de la moralidad; un hombre que pretende creer que alcanza con “ser bueno” en la vida para evitar interminables dificultades; en definitiva, un hombre-conejo, que no trata de descubrir la alternativa correcta y poner su energía al servicio de ella, sino que permanece absorto en el “desarrollo moral” por sí mismo (114). Pero lo que no advierte aquel que quiere ser bueno sin ser cristiano, dice Lewis, es, en primer lugar, que esto es imposible y, en segundo lugar, que si nuestro objetivo final es tener una “vida correcta”, no comprendemos el verdadero sentido de nuestra existencia. Así concluye el artículo:

La moralidad es una montaña que no podemos escalar con nuestros propios esfuerzos; y si pudiéramos hacerlo, pereceríamos en medio del hielo y el aire irrespirable de la cima, por carecer de las alas para completar el viaje, porque *desde* ahí comienza el verdadero ascenso (115).

La moralidad es indispensable, asegura el escritor irlandés, pero sola no sirve de nada, porque en el destino que Dios nos tiene preparados, la moralidad “será devorada” o, podríamos decir, será desbordada y arrastrada por el Amor.

Así como esta, encontramos otras reflexiones cuyos eslabones lógicos, nos van llevando a reafirmar la verdad de aquello que creemos. *Dios en el banquillo* se convierte así en un libro indispensable para aquellos que, inmersos en este mundo muchas veces absurdo, anhelamos el solaz de un argumento racional y lógico que nos tome de la mano y nos lleve a conclusiones verdaderas, sin juegos vanales de palabras, ni retorcidas ideas que contrarían los rumbos de nuestra inteligencia y las intuiciones de nuestro corazón.

Muchos podrán decir que los ensayos han perdido vigencia, que han pasado de moda, sin embargo, la actualidad de estos textos (y del pensamiento de Lewis) es abrumadora, porque los postulados y la acción del “hombre moderno” se han profundizado hasta hoy, de un modo sostenido. En medio de esta época de incertidumbre y pérdida de sentido, una voz irlandesa nos llega desde la primera mitad del siglo XX para interpelarnos:

“¿Qué hacemos con Cristo?” No nos preguntemos qué hacemos con Él, sino sólo qué quiere hacer Él con nosotros. Debemos aceptar o rechazar la historia” (132).